

## Recuerdos sobre la infancia

*Me acuerdo*, publicado por Ediciones Godot (Buenos Aires, 2020), es un libro que reúne breves escenas de infancia plasmadas con todo el detalle de la percepción sensorial. A lo largo de sus páginas, pequeños fragmentos autobiográficos se proyectan unos sobre otros. Su materia proviene de la memoria de Martín Kohan, el autor, quien dispone los recuerdos como huellas de lo ocurrido, como si fueran objetos de un listado. La lectura de este libro constituye una inspiración para volver a los conceptos freudianos elaborados en dos trabajos que conciernen a la práctica del psicoanálisis. “Sobre los recuerdos encubridores” (1899), y “Recordar, repetir y reelaborar” (1914). Ambos recorren una serie de temas estrechamente ligados: el vínculo entre la importancia psíquica de una impresión y su adherencia a la memoria, la función del recordar, su relación con las fantasías y fundamentalmente, la sexualidad infantil. En 1899, al explicar la rara selección que la memoria practica entre los elementos de una vivencia, Freud subraya que el fundamento de que algunos recuerdos sean conservados en la memoria no descansa en el propio contenido, sino en el vínculo entre ese contenido y otro, sofocado. Sirviéndose de un símil popular, escribe que “cierta vivencia de la niñez no cobra imperio en la memoria porque ella misma sea oro, sino porque estuvo guardada junto a algo de oro”. El recuerdo encubridor debe su eficacia al vínculo con unas vivencias de la primera infancia que permanecen sofocadas. Freud observa un rasgo singular al discernir que en la mayoría de las escenas infantiles uno ve en el recuerdo a la

persona propia como un niño –a sabiendas de que uno mismo es ese niño–, pero sin embargo lo ve como lo vería un observador situado fuera de la escena. Resulta claro que esa imagen mnémica no puede ser la repetición fiel de la impresión sentida cuando uno se encontraba en medio de la situación y no atendía a sí mismo, sino al mundo exterior. Este hecho constituye una prueba de que la impresión originaria ha experimentado una refundición, como si la huella mnémica de la infancia hubiera sido retraducida a lo plástico y lo visual en un momento posterior, y unos recuerdos de infancia admitieran ser interpretados como encubridores de vivencias y deseos. En todos los casos, el desvío de una escena infantil no se consigue si no hay una huella mnémica cuyo contenido ofrezca puntos de contacto con la fantasía. Freud analiza los complejos procesos de desplazamiento y figuración visual que participan en la constitución de un recuerdo de infancia, y los compara con los procedimientos de la creación literaria. Esta intelección, que reduce las diferencias entre los recuerdos encubridores y los restantes recuerdos, lo conduce a observar: “Acaso sea dudoso que poseamos unos recuerdos conscientes *de* la infancia, y no más bien, meramente, unos recuerdos *sobre* la infancia. Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron, sino como han aparecido en tiempos posteriores de despertar. En estos tiempos de despertar, los recuerdos de infancia no afloraron, como se suele decir, sino que en ese momento fueron *formados*; y una serie de motivos a los que es ajeno el propósito de fidelidad histórico-vivencial, han influido sobre esta formación, así como sobre la selección de los recuerdos.” Elaborar y recordar convergen, se imbrican y su frontera se diluye. El acento se desplaza de la exactitud e integridad de los recuerdos a la construcción de un sujeto. Años después, en “Recordar, repetir y reelaborar”, Freud escribirá que la tan consabida amnesia infantil está contrabalanceada en su totalidad por los recuerdos encubridores,

señalando que en estos “no sólo se conserva todo lo esencial, sino que representan tan acabadamente a los años infantiles olvidados como el contenido manifiesto del sueño o los pensamientos oníricos. Sólo hace falta saber desarrollarlo desde ellos por medio del análisis”. Los sueños son también un modo de recordar, y los recuerdos encubridores son representantes satisfactorios de lo que está en juego. Lo que cuenta es lo que el sujeto construye con ellos.

Recordar es volver, y como Martín Kohan dijera en una ocasión: “Esa manera de volver sobre lo mismo para que sea otra cosa permite ese borde, la idea de que aquello que se está contando queda siempre definido por el contorno de eso que vuelve y vuelve y vuelve. Hay algo que se juega en el orden de lo que no se sabe.”

Alicia Alonso